



Apuntes sobre la idea de guerra generalizada en América Latina

Notes About the Idea
of Generalized War
in Latin America

PEDRO RIVAS NIETO

Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Pontificia de Salamanca; actualmente se desempeña como profesor en esta misma Universidad. Salamanca - España. Correo electrónico: privasni@upsa.es

Recibido:
12 de enero de 2011
Aprobado:
25 de marzo de 2011



Resumen

En este artículo se estudia un concepto que resultó esencial para la organización de la Doctrina de Seguridad Nacional que se implantó en Iberoamérica en el último tercio del siglo XX, la guerra generalizada. Ésta se construyó a partir de la síntesis de dos conceptos previos: la guerra absoluta de Carl Von Clausewitz y la guerra atómica de los años más duros de la Guerra Fría. Los errores teóricos -que se estudian en el texto-, la valoración desmedida de los estudiosos clásicos de la guerra y la interpretación forzada de la realidad política y social del momento justificaron ciertos excesos de los regímenes de Seguridad Nacional que dañaron tanto a los países en los que se aplicaron como a las Fuerzas Armadas.

Palabras clave:

Doctrina de Seguridad Nacional; Guerra Fría; tensiones internacionales; política internacional.

Abstract

The concept of Generalized War, which turned out to be essential for the organization of the Doctrine of National Security which was implemented in Latin America in the last third of the 20th century, is analyzed in this paper. This concept was built from the synthesis of two previous concepts: Carl Von Clausewitz's Absolute War and the Atomic Warfare of the Cold War. The theoretical mistakes, which are studied in the paper; the excessive valuation of the classic experts in war; and the forced interpretation of the political and social reality, justified the excesses of the National Security's Regimes which damaged both the countries and the Armed Forces.

Key words:

Doctrine of National Security; Cold War; international tensions; international policy.

Preludio

Gaston Bouthoul, el creador del vocablo “polemología”¹ como ciencia que estudia las formas, causas, efectos y funciones de la guerra, creía que no era posible una definición unívoca del término “guerra” porque eso significaría que se conocía a la perfección el fenómeno y, dada su cambiante y tortuosa naturaleza, era -y es- imposible. Grocio (1925) decía que la palabra griega *polemos* derivaba de *poles*, que designa a un gran número de gente. Y el vocablo latino *bellum*, derivado de *duellum*, que Horacio y Plauto empleaban para designar la guerra, significa *bis de duis*. Fuere como fuere, Bouthoul (1971), quizá el más brillante estudioso del siglo XX de este fenómeno, definía la guerra como una lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas. La guerra es una forma de violencia metódica y organizada respecto a los grupos que la hacen y que la dirigen; está limitada en el tiempo y en el espacio y sometida a ciertas reglas jurídicas, cambiantes según los tiempos y los lugares; y cuando no se pierden vidas humanas, se vuelve un simple intercambio de amenazas. Esto, *grosso modo*, es la guerra.

No se descubre nada nuevo con estas afirmaciones, pero lo que interesa a este artículo es una sección de ella, la “guerra generalizada”, aplicada a la Doctrina de Seguridad Nacional que se implantó en Iberoamérica en el último tercio del siglo XX.

Guerra generalizada o la equívoca síntesis de guerra absoluta y guerra atómica

Según John M. Collins (1970), que tenía en cuenta lo dicho por el Consejo de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos de América, la guerra generalizada era el conflicto armado entre las potencias mayores en el cual son empleados los recursos totales de los beligerantes y la supervivencia nacional de uno de ellos está en peligro. Verbigracia, una guerra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Esta idea era bastante clara porque la noción de guerra generalizada trataba de fusionar dos conceptos distintos; el que define la guerra por su fin y el que la define por sus medios. El primero -que sigue las ideas de Von Clausewitz- es el concepto de guerra absoluta, es decir, la guerra por la supervivencia hasta la destrucción total

1 Lo inventó en 1946 para estudiar la guerra más como un problema social que como la “ciencia de la guerra” que tradicionalmente se enseñaba en las escuelas militares y en los estados mayores.

del adversario.² El segundo es el de la guerra atómica: es la guerra que destruye al adversario no porque ese sea su fin, sino porque los medios empleados son tales que lo único que logran es la destrucción total. La Destrucción Mutua Asegurada (MAD, eran sus siglas en inglés³), doctrina por excelencia de los años del “equilibrio del terror” implicaba, tal y como su nombre indica sin ambages, la desaparición de los contendientes, esto es, la destrucción de entre un 50 y un 70% de su capacidad industrial y de entre un 33 y un 40% de su población (Martínez, 2001). La paz se hacía crecientemente imposible, pero la guerra era alarmantemente peligrosa. El general Montgomery, héroe de la Segunda Guerra Mundial, lo repitió unas cuantas veces: “la guerra abierta entre los Estados poderosos o los grupos de Estados sería un método [...] negativo. No resultaría de ello sino la completa autodestrucción de las naciones afectadas” (Pabón, 1971, p. 71). Quienes estudiaron los asuntos de la guerra atómica -y crearon escuelas- fueron estadounidenses. Los militares franceses enriquecieron el debate nuclear al incluir complejidad al sistema con el “tercer centro de decisión”, la *force de frappe* francesa. Y a partir de los años sesenta, oficiales soviéticos confeccionaron también la doctrina nuclear soviética (Martínez, 2001). Autores como Brodie o Kahn en los Estados Unidos, Beaufre o Poirier en Francia, o el mariscal Sokolowski en la Unión Soviética, fueron sus creadores.

En realidad, mezclar los conceptos de guerra absoluta y guerra atómica para sintetizarlos en uno no aportaba nada, pues si bien es posible la guerra de destrucción total por los medios -la guerra atómica- no lo es la guerra absoluta, que no es una guerra real, sino un concepto abstracto del cual no se encuentran realizaciones humanas. Es más, es probable que la fusión de la idea de guerra absoluta con la de guerra atómica no fuera muy acertada porque la lógica de Clausewitz perdió vigencia tras la Segunda Guerra Mundial. Su idea de buscar el choque decisivo no era posible en la era del equilibrio nuclear (Sohr, 2003), pues podía suponer la desaparición de la especie humana, algo que el oficial prusiano no pretendió jamás. Por tanto, la definición de guerra generalizada era ambigua al apartarse de las definiciones clásicas y deformarlas, y no es absurdo pensar que semejante ambigüedad fuera el origen de muchas ambigüedades militares iberoamericanas (Comblin, 1979).

Téngase en cuenta que una guerra absoluta escapa a la conducción política porque en sí misma lleva su propio fin; es decir, es una guerra ciega porque no tiene límites

2 Esto es: el fin de este tipo de guerra es la destrucción total del adversario. Si se mantiene la distinción clásica entre el *bellum hostile* y el *bellum romanum*, la guerra de la que se habla en este estudio sería una versión moderna y recrudescida de esta última.

3 Nótese lo que significa el acrónimo en inglés: loco, enfadado, malsano... idea que puede definir lo enfebrecido de la doctrina.

ni control. En realidad expresa lo ilimitado y absoluto -en abstracto- del fenómeno bélico, que no tiene límite en el espacio, en el tiempo ni en los medios humanos. Aron (1993) afirmaba que la guerra absoluta respondía al concepto, a la guerra separada de sus orígenes y de su fin, separada de la política como condición o finalidad. No hay guerra absoluta en la realidad, sólo existe en el mundo del concepto, de lo ideal. El empeño por destruir al enemigo es absoluto y todo se subordina al esfuerzo bélico. La violencia llevada al extremo terminaría con la destrucción absoluta de una de las partes o, presumiblemente, de ambas. Como hacía notar Clausewitz, la guerra abandonada a sí misma tiende a ser absoluta pero las guerras reales no son así. Y no lo son porque el hombre es razonable y somete la guerra a fines racionales. Las guerras reales hacen enfrentarse a grupos, a colectividades, cada una de las cuales se unifica y se exterioriza en una sola voluntad. Nunca es totalmente ofensiva ni defensiva, sino una combinación de ambas. La guerra ciega no es más que el suicidio colectivo, por eso se somete a la política, a fines que le imponen límites. Por tanto, una guerra generalizada -una guerra entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, que es lo que se temía en aquellos años- sería el fin de la política y de la raza humana.

Cabría preguntarse entonces por qué se intentó una definición híbrida de guerra generalizada. La respuesta puede ser, quizá, la siguiente: porque permitía legitimar a los regímenes de Seguridad Nacional implantados en el Cono Sur después de los años sesenta y setenta del siglo XX. Téngase en cuenta que si la guerra era de destrucción total debido a los medios que se empleaban y a sus fines, debía evitarse como fuera, pues el único resultado que se obtenía de participar en ella era el horror desmedido. Así que los medios cuyo fin fuera evitar ese tipo de guerra se reforzaban y recibían nuevos argumentos. En su peculiar lógica más valía cierto grado de exceso que el horror de ese tipo de guerra. Era mejor acabar con algunos inocentes y pecar por exceso que permitir, por pudores absurdos e irresponsables, la desaparición de toda la especie humana. Ante el enemigo comunista que -según los doctrinarios de la Seguridad Nacional- se infiltraba en todos lados sólo cabía una respuesta contundente para garantizar la seguridad de todos y la paz futura. De esta manera los regímenes autoritarios se justificaban.

¿Errores conceptuales? El legado de Von Clausewitz y de Ludendorff

El mismo Clausewitz fue el origen de muchos de estos equívocos (Comblin, 1979), aunque podría decirse que apenas se comprendió su obra y su pensamien-

to. Junto con Marx y Darwin fue una de las figuras más importantes del siglo XIX y no fue en absoluto un apologista de la guerra, sino un estudioso de sus medios, sus causas y de todos sus aspectos (Bouthoul, 1970). Quizá lo que más claro tenemos de su obra es la idea de que la guerra es un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad (Clausewitz, 2005). Su pensamiento sintetizó el esfuerzo intelectual de toda una época⁴ y fue más un filósofo que un tratadista militar. Se había independizado de los postulados clásicos porque pensaba que la teoría de la guerra de Maquiavelo estaba demasiado influida por los escritores antiguos y el italiano fue revolucionario al pensar que la guerra debía vincularse directamente con el arte de gobernar (Gilbert citado en Paret, 1986). Un ejército bien organizado, es decir, de súbditos y no de mercenarios -pensaba- podía lograr los fines del gobernante (Maquiavelo, 1998)⁵. Von Clausewitz creía que un buen jefe militar no debía guiarse por reglas estrictas, sino tener ideas claras sobre la guerra absoluta que le permitieran extraer conceptos adecuados de la guerra real para adaptarse bien a las circunstancias. Por eso, *De la guerra* no era un tratado técnico ni una guía del oficial en campaña, sino un hallazgo del pensamiento militar ilustrado. No obstante, se convirtió en un breviario estratégico utilizado en todos los tiempos (Cardona, citado en Clausewitz, 2005). De ahí que el pensamiento de Von Clausewitz estuviera en el origen del sistema moderno de conceptos de la guerra⁶. Las guerras que comenzaron con la Revolución Francesa y que se desarrollaron con las campañas napoleónicas le permitieron distinguir las guerras limitadas -hechas por los príncipes del siglo XVIII- y las guerras absolutas -las que destruyen totalmente al adversario-. Eran éstas la realidad de las guerras revolucionarias y napoleónicas. Von Clausewitz decía que:

Se podría dudar de que nuestra idea de la esencia absoluta que le corresponde tuviera alguna realidad, si no hubiéramos visto precisamente en nuestros días la verdadera guerra en esa absoluta perfección. Tras una breve introducción, llevada a cabo por la Revolución Francesa, el brutal Bonaparte la llevó rápidamente a ese punto. Bajo su mando, se avanzaba sin descanso hasta que el enemigo sucumbía;

4 Aron (1993) asegura que Von Clausewitz pertenece más al siglo XVII que al XIX. "Permanece fiel a los pensadores de las Luces, aunque, despertado con el trueno de la Revolución, encuentra espontáneamente los acentos de la pasión nacional" (p. 333). Del mismo modo, Aron creía que Von Clausewitz había sido influido por *El espíritu de las leyes* de Montesquieu.

5 Él pretendía dar consejos prácticos a los gobernantes de las ciudades italianas renacentistas.

6 Quizá errado a veces, como entrevistó Liddell Hart (1931). El alemán extendió la idea de la guerra a ultranza. Si un Estado utiliza sus fuerzas hasta el límite de su agotamiento, condena a su propia política a la debilidad. Y si según Clausewitz la guerra es la continuación de la política por otros medios, está dirigida pensando en las ventajas de la posguerra. Luego, ¿no entraña esto una contradicción peligrosa?

y casi también sin descanso se producían los contragolpes. ¿No es natural y necesario que esta manifestación nos devuelva al concepto original de la guerra, con todas sus rigurosas consecuencias? (Clausewitz, 2005).

Al prusiano le marcó la brutalidad de las Guerras Napoleónicas, definidas por Jefferson como una pugna entre el tirano de tierra -Francia- y el del océano -Inglaterra- (Tucker & Hendrickson, 1990).

Clausewitz creía que esas nuevas guerras eran el modelo de guerra del futuro. Sin embargo, se dio cuenta de que las guerras nunca son absolutas sino limitadas, por mucha violencia que desplieguen. Las guerras revolucionarias -las primeras guerras nacionales y democráticas- incorporaron elementos nuevos al arte de la guerra que parecían cambiar su esencia misma. Federico II el Grande debió su éxito al campo táctico, pero Napoleón -aunque se dispuso a lograr un objetivo políticamente imposible que acabó perjudicándolo- lo tuvo gracias al operacional.

El primer elemento nuevo que agregaron estas nuevas guerras fue la movilización total. Durante el Antiguo Régimen los recursos limitados impedían disponer de mucho material y de hombres. Tras la Revolución francesa la concentración de riqueza y de poder en el Estado permitía transformar el sistema anterior y aumentar los recursos y el número de combatientes. Los logros de la revolución agrícola y demográfica permitieron disponer de alimentos y hombres a gran escala, además de estar a las puertas de una revolución social y técnica. Fue precisamente en donde estos éxitos no se lograron, España y Rusia, en donde Napoleón fracasó.

El segundo elemento nuevo es que el hecho de la “nación en armas” hizo de la guerra un compromiso de todo el pueblo. El grito revolucionario por excelencia, “¡Ciudadanos, a las armas!”, era el símbolo de la nueva condición adquirida por los hombres libres revolucionarios. Participar en la batalla era un logro democrático, porque los hombres eran ya ciudadanos y la guerra era un derecho y un deber de quienes ostentaban esa nueva cualidad. Además se le hizo creer al pueblo que lo que estaba en juego en esas guerras no eran intereses materiales, sino la propia supervivencia. Por tanto las guerras nacionales se iban a vivir como guerras por la supervivencia. La guerra, en la psique personal y colectiva, ya era absoluta. La Revolución francesa arrastró a todo el pueblo a participar en la guerra, dio a ésta su carácter extremo y reveló la naturaleza de la guerra absoluta (Aron, 1993). Precisamente las campañas napoleónicas fomentaron las nacionalidades y el nacionalismo en Europa porque la violencia se dirigía contra el pueblo y no contra el príncipe, que era lo propio de la guerra del tiempo de la Ilustración. La idea hermosamente expresada en la frase “*la tierra se arma contra el invasor*”, acuñada

tras los avances napoleónicos por el suelo europeo, da idea de lo que supuso la violencia del naciente tiempo democrático. En la Guerra de la Independencia de España, seguida con interés por los demás países del continente por lo que tenía de revelador para su propia supervivencia, se ahogaron las particularidades y se fomentó la unidad nacional. El mismo Von Clausewitz decía:

En el siglo XVIII, en tiempos de las Guerras Silesias, la guerra era aún una mera cuestión de gabinete, en la que el pueblo sólo participaba como ciego instrumento; a principios del XIX estaban en la balanza los pueblos de ambas partes. Los generales que se enfrentaban a Federico el Grande eran hombres que actuaban por encargo, y por eso mismo hombres en los que la cautela era un rasgo de carácter predominante; el adversario de austriacos y prusianos era, por decirlo en pocas palabras, el propio Dios de la guerra (2005).

La guerra absoluta implicaba el ascenso a los extremos.

La deducción inmediata que se extrae de estos principios es que las guerras del siglo XX iban a ser una especie de cruzada secularizada en la que la supervivencia de la “república”, de las instituciones o de las creencias equivalía a la supervivencia del pueblo; iban a ser “absolutas” y a prolongarse hasta la destrucción total del adversario -imposible, se ha visto- o hasta la capitulación total de uno y la victoria total del otro.

La Gran Guerra se vivió como una reanudación de las guerras napoleónicas. Desde 1814 hasta 1914 Europa vivió un siglo de paz, como bien observaron Salisbury y Churchill. Los mandos de las fuerzas armadas en la Primera Guerra Mundial se decían discípulos de Napoleón y de Clausewitz y se deseaba una guerra de nación contra nación por la supervivencia y hasta la derrota total del contrario, como si se hubieran olvidado las palabras de Napoleón que rezaban: “*Toda guerra entre europeos es una guerra civil*”. Las ideas del prusiano fueron impregnando a todo el estamento militar europeo y en 1914 sus planteamientos eran clausewitzianos. Después de la Primera Guerra Mundial se decía que Clausewitz, dado su desmedido influjo, había engendrado la catástrofe, y Liddell Hart (1931), no sin sorna, lo llamó el Madhi de la masa y de las matanzas mutuas. Fuere como fuere, la guerra sirvió para desarrollar aún más la teoría de la guerra absoluta.

Ludendorff, el gran vencido de la Gran Guerra, popularizó la teoría de la guerra total, relevo importante en el camino que condujo al concepto estadounidense de la guerra generalizada. Más que crearla, la difundió y la glorificó. Él sabía que su concepción se oponía a la de Clausewitz y deseaba que así fuera, pues

criticaba a Von Clausewitz por quedarse corto en la idea de la violencia ilimitada. Von Clausewitz no distinguía conceptualmente política, dirección de la guerra y estrategia (Aron, 1993), pero Ludendorff contravino un principio esencial en Alemania cuando dijo que *De la guerra* pertenecía a una época caduca y que la política era la que debía ponerse al servicio de la guerra, y para ello preconizaba una especie de dictadura del comandante en jefe. Él creía que toda la nación es objeto y sujeto de la lucha, en lo material y en lo moral. Si la guerra era la expresión más alta de la “voluntad de vivir” y la prueba suprema de los pueblos, en la guerra la nación debía poner todo al servicio de aquella, y en la paz ponerlo todo al servicio de la próxima guerra⁷. Con la mentalidad propia de un espíritu totalitario insistía en que había que lograr la unidad psíquica del pueblo -pues el espíritu de sacrificio de la nación da a los soldados moral de vencedor- e incluso suprimir a los disidentes, a quienes concibieran ideas diferentes de las del Mando Supremo.

Ludendorff (1936) decía que “los pueblos no tienen el sentido de la guerra de agresión. Pero admiten la lucha por la vida y ven fácilmente una voluntad de agresión en una declaración de guerra” (pp. 177-178). En la guerra moderna había de participar el pueblo, al que había que formar sistemáticamente, y Ludendorff basaba esta exigencia en consideraciones metafísicas, pues afirmaba que la guerra era la expresión suprema de vida de la raza. La victoria debía ser radical mediante un ataque dirigido a los puntos débiles del enemigo, bien en un solo ataque, bien en varios ataques violentos. Para ello era necesario usar todos los medios disponibles, los militares, los diplomáticos, los económicos, los psicológicos, tanto en el interior como en el exterior. Esto era la guerra total, que designaba los caracteres propios de la Primera Guerra Mundial. De ahí que toda la política -por tanto, todo el Estado- debiera estar al servicio de la guerra. Y, por supuesto, esto necesitaba un sistema económico nacional autárquico que pudiera adaptarse a lo que pedía la guerra totalitaria. La guerra tenía que ser absoluta y así se la debía desear. Según Ludendorff, la guerra se perdió debido a la traición del pueblo alemán, al que le faltó cohesión y energía. Al final, la voluntad de lucha de la nación estaba ya rota. No fue el ejército, sino la retaguardia la que cedió. De hecho, él fue un hombre atrevido en la dirección militar de la guerra, como lo demuestran sus campañas, en las que aceptaba riesgos calculados y cosechaba éxitos (Liddell, 1946). De la experiencia de las operaciones aliadas fracasadas dedujo que la táctica debía anteponerse a los objetivos estratégicos aunque, en realidad, sus éxitos tácticos fueron la causa de su ruina.

⁷ No es una idea original de Ludendorff. Esparta lo intentó y pereció por el daño que se hizo a ella misma. Paralizó su propia vida. (Liddell, 1946).

Este pensamiento sirvió para que en la Segunda Guerra Mundial Hitler se lanzara a una guerra semejante. Conoció tanto la obra como la persona de Ludendorff, entendió la técnica revolucionaria de Lenin, puso al servicio de su alocada visión de la comunidad racial los métodos de agitación del visionario soviético y utilizó el instrumento militar heredado de tiempos pretéritos para un fin más ambicioso que el de Napoleón. Poseía intuición, aunque era proclive a cometer errores elementales tanto de acción como de cálculo. La Gran Guerra había sido para él la mayor experiencia de todas las que podía vivir el hombre y había encontrado en las trincheras un peligro enaltecedor. Su *hubris*, su soberbia sacrilega, era ilimitada. Se quedó a medio camino del mundo moderno, pues seguía pensando que el mando nacía de un sumo sacerdote al que el soldado debía obediencia estricta y que sabía que al hacerlo lograría la victoria. Quiso hacer de la guerra desmesurada⁸ una lucha por la supervivencia del pueblo alemán; pero en la muerte de la política llegó la tragedia. Era un clausewitziano convencido, que veía en la guerra una continuación de la política sin entender que entre ambas hay notables diferencias. Del mismo modo que Marx, él entendía la vida como lucha. En plena Segunda Guerra Mundial se vio obligado a continuar la guerra para que el nacionalsocialismo no perdiese su vigor ideológico. Sospechaba que los acuerdos convencionales impedirían la consecución de una sociedad nueva edificada sobre la pureza y el dominio racial (Kershaw, 2000). Eso sí, creía que la aspiración del que dirige la guerra debía ser lograr la capitulación de los ejércitos enemigos sin lucha, al contrario que Ludendorff (Liddell, 1946).

Las armas revolucionarias, la ética del guerrero y la filosofía de Clausewitz de incorporar lo militar a los fines políticos -asegura Keegan-, estaba todo encaminado a lograr que bajo el mando de Hitler, la guerra en Europa entre 1939 y 1945 alcanzara un nivel absoluto como jamás había soñado caudillo alguno, ni Alejandro, ni Mahoma, ni Gengis Kan, ni Napoleón (Keegan, 1995, p. 443).

Pero hay algo más. Sólo Hitler y Ludendorff dieron un sentido preciso a lo que Carl Schmitt (1998) llamaba “hostilidad absoluta”. Ambos plantean “la comunidad racial como tema de la historia y ven en los enemigos de esta comunidad a los enemigos transhistóricos del pueblo alemán, incluso de todos los pueblos. Afirmo -dice Aron- que esta hostilidad, y solamente ésta, merece la calificación de absoluta porque conduce lógicamente a la masacre o al genocidio” (Aron, 1993, pp. 194-195). Los conceptos que ambos tenían de raza, Estado y derecho del pueblo alemán a dominar la Tierra eran semejantes. No obstante había notables

8 Caracterizada por el sentimiento de superioridad de la raza germánica, por el mesianismo secularizado y por la confianza en su genio personal.

diferencias entre ellos, pues mientras Ludendorff quería que la estrategia dirigiera la política, Hitler combinó las dos funciones en una sola persona, disfrutando de las mismas ventajas que Alejandro y César en el mundo antiguo y que Federico el Grande y Napoleón en tiempos más recientes (Liddell, 1946)⁹.

En la posguerra los contendientes, que habían vencido en la guerra, se lanzaron también a una guerra sin fines políticos, una guerra por la supervivencia y por la victoria total. En los Estados Unidos se consagró la idea de la guerra total, que era una nueva forma de la guerra absoluta (Comblin, 1979, p. 36). Aron recordaba que “el carácter total de la guerra depende al mismo tiempo del concepto y de la experiencia. La guerra próxima a su forma absoluta se acerca simultáneamente a su naturaleza original. La inteligencia consigue devolver la unidad primitiva a las guerras, a pesar de la complejidad de las circunstancias y de la multiplicidad de los combates” (Aron, 1993, p. 293). La estrategia de la guerra atómica partía de estas bases. Era una lógica clausewitziana en el que las armas nucleares podían servir a los fines políticos no porque fueran a emplearse, sino por el peligro que su uso representaba. A comienzos de los años sesenta esta idea se veía claramente en la ya citada Destrucción Mutua Asegurada (MAD), en donde se intentaba disuadir al enemigo de un ataque, pues se podía infligir un daño gravísimo a cualquier agresor, incluso después de recibir un primer golpe sorpresa (Freedman, 1989).

Guerra generalizada en América Latina y Doctrina de Seguridad Nacional

Todo este confuso y abigarrado pensamiento -la guerra absoluta mezclada con la guerra atómica para definir la guerra generalizada, de naturaleza compleja y difusa al mismo tiempo- se trasladó a Iberoamérica. En ella los teóricos de la Seguridad Nacional citaban constantemente a Ludendorff y parte de sus tesis se apoyaban en él¹⁰. Decían que en la lucha contra el comunismo toda la nación debía involucrarse; que había que emplear cualesquiera medios para debilitar al enemigo; que todo debía estar al servicio de la guerra; que la disidencia era peligrosa para

9 Son palabras escritas en noviembre de 1940. Téngase esto en cuenta.

10 El general brasileño Golbery de Couto e Silva lo menciona en una de sus más importantes obras, *Geopolítica de Brasil*. Además, el principal libro que escribió Ludendorff, *Der totale krieg*, se tradujo y publicó en español por primera vez en 1964 con el título *La guerra total* en la editorial Pleamar de Buenos Aires.

la supervivencia de la nación y había que acabar con ella; y que se necesitaba una economía sólida para contribuir al esfuerzo de guerra. Los partidarios de la Doctrina de Seguridad Nacional abundaban en la idea de la guerra total, que era una lucha por la supervivencia.

El general brasileño Couto e Silva (1967) no entendía de otra manera la guerra contra el comunismo, pues ese conflicto era la guerra por la supervivencia de Occidente -es decir, era la guerra absoluta-. De la misma manera el general Pinochet libraba una guerra absoluta contra el comunismo, tal y como lo recordaba en el discurso leído el 11 de septiembre de 1973 tras el asalto al Palacio de La Moneda. Decía que “como otros países del mundo y especialmente de América Latina, Chile ha sufrido el embate del marxismo-leninismo y ha decidido enfrentarlo y combatirlo hasta su total derrota”. Con esta doctrina política sólo podía concebirse una guerra de eliminación total, habida cuenta de la perfidia privativa del enemigo y de los males que acarrearía no acabar con él. El error de no eliminarlo supondría el advenimiento de la guerra generalizada, es decir, el enfrentamiento de los bloques en una guerra cuyos medios acabarían con los combatientes. Pinochet afirmó en aquel discurso que el marxismo “es una doctrina intrínsecamente perversa, lo que significa que todo lo que de ella brota, por sano que se presente en apariencia, está carcomido por el veneno que corroe su raíz. Esto es lo que quiere decir que su error sea intrínseco y, por lo mismo, global, en términos que no cabe con él ningún diálogo o transacción posible”.

Para poderse enfrentar con éxito al enemigo era imprescindible que no se diferenciara lo civil y lo militar. Si en el siglo XIX se formuló una separación muy clara entre ellos, en el mundo de la Seguridad Nacional no había diferencia entre la sociedad civil y la militar. Tal asimilación la presintieron los teóricos de la guerra total -como Ludendorf- pero esta nueva idea fue, en parte, obra de los Estados Unidos desde después de la Segunda Guerra Mundial¹¹. Las fuerzas armadas ya no eran el ejército de ciudadanos surgido de la Revolución francesa, pues formaban

11 La desaparición progresiva de barreras entre lo civil y lo militar comenzó en los Estados Unidos. Allá la primera etapa del proceso de unión de lo civil y lo militar fue la creación del Consejo de Seguridad Nacional y de una nueva burocracia que unificó la diplomacia y la guerra -las actividades del Departamento de Estado y del Departamento de Defensa-. A ésta le siguió la integración de los grandes sectores de la economía hasta el punto de formar el complejo militar-industrial -que incluso Eisenhower señaló como un gran peligro para su propia sociedad-. Se amplió con la unión a lo anterior del mundo universitario y, más tarde, del mundo sindical. Sin embargo, los Estados Unidos jamás dejaron de ser una democracia, ni siquiera en los años más duros de la Guerra Fría. Esta fue la gran diferencia con buena parte de los países de Iberoamérica.

un cuerpo autónomo con su propia legislación y su propia justicia. Sin embargo, a ojos de los doctrinarios de la Seguridad Nacional, parecían ser la única representante legítima de la nación. Si a partir del siglo XIX las fuerzas armadas, como dijo De Vigny (1962) en una conocida frase, eran una nación dentro de la nación, los ejércitos de los regímenes de Seguridad Nacional se convirtieron en la nación misma o, al menos, en su única representante. Las siguientes palabras, escritas por los mandos militares alzados en armas, en su *Mensaje al Pueblo Argentino* de 1966 pueden aplicarse al resto del continente porque su sustancia es válida para todos los regímenes de nuevo cuño que aparecieron por aquel entonces.

Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra historia, las Fuerzas Armadas, interpretando el más alto interés común, asumen la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general, incorporando al país los modernos elementos de la cultura, la ciencia y la técnica, que al operar una transformación lo sitúen donde le corresponde por la inteligencia y el valor humano de sus habitantes y las riquezas que la Providencia depositó en su territorio [...] para restablecer una auténtica democracia representativa en la que impere el orden dentro de la ley, la justicia y el interés del bien común, todo ello para reencauzar al país por el camino de su grandeza y proyectarla hacia el exterior (pp. 4 y 7).

Su intención era -decían- construir una verdadera democracia que sirviera a la grandeza nacional.

En los regímenes iberoamericanos de Seguridad Nacional la unión mencionada representaba el ideal porque, si se lograba, toda la nación estaría comprometida en una sola estrategia -estrategia impuesta por las necesidades de la Guerra Fría, que era total, generalizada y absoluta-. La estrategia nacional articulaba el poder nacional con miras a la Seguridad Nacional y así se lograba una síntesis perfecta, esencial. Esta simplicidad era consecuencia de la unidad de la base de la que todo partía: el concepto de guerra que se estudia en este artículo. La seguridad nacional, por tanto, significaba no sólo la protección militar de la nación, sino de todas las manifestaciones de la vida nacional, en lo político, lo económico, lo social o lo cultural. La defensa militar de la nación se trasladaba a las relaciones políticas y sociales. El general Lyra Tavares dijo ya en 1962 que la seguridad nacional no consistía sólo en un asunto relacionado principalmente con la defensa del territorio, sino que se extendía a preservar el organismo nacional de los ataques de todo lo que contribuyera a debilitar la nación. En esto quedaba incluido el enemigo interior (Riera, 2010). El militarismo, entonces, se justificaba racionalmente porque aparecían las condiciones propicias para que las tropas pudieran actuar fuera de su ámbito. Si en el Egipto de los jóvenes oficiales revolucionarios nasseristas

se había justificado la intervención para luchar contra el feudalismo y la corrupción, en América Latina nació para enfrentarse al comunismo (Riera, 2010). Y las fuerzas armadas, -en donde había disciplina, jerarquía, centralización del mando y espíritu de cuerpo- eran el instrumento adecuado para hacerle frente. Estas características eran, precisamente, las raíces del aislamiento y de la autosuficiencia de los ejércitos en esos años.

Por si no fuera claro todo lo anterior, los doctrinarios de la Seguridad Nacional afirmaban que toda guerra contra el comunismo era necesariamente una guerra por la supervivencia (Cortés, 1976). Le aplicaban los conceptos de guerra total de Ludendorff y de guerra generalizada del Estado Mayor de los Estados Unidos. Cambiaban los medios, pero el concepto de guerra seguía siendo el mismo: era una guerra absoluta, si bien ésta no era un tipo ideal e históricamente imposible al modo de Clausewitz, sino la plasmación en la vida real del peor tipo de guerra posible, la de destrucción completa del enemigo. Y precisamente por esto la guerra se imponía finalmente a la política -tal y como decía Ludendorff- y, de alguna manera, la absorbía y la hacía desaparecer -como demostraban los hechos en los sistemas de Seguridad Nacional¹-. Muy posiblemente el rigor de los sistemas políticos aplicados en los países que padecieron la Doctrina de Seguridad Nacional no se debía a circunstancias accidentales, sino a la concepción de la guerra que mantenían. Von Clausewitz creía que un buen militar no debía guiarse con reglas inmutables, sino saber qué era la guerra absoluta y, de esa manera, tener las ideas claras en la guerra real para adaptarse bien a las circunstancias. Esto es lo que hacían los militares que aplicaban la Doctrina de Seguridad Nacional. Por eso no importaba que la doctrina estuviera poco definida o fuera confusa; lo único necesario era que supiera orientar la acción y que diera claves para saber cómo actuar en la guerra contra el enemigo. Del mismo modo Von Clausewitz pensaba que las guerras absolutas, si bien eran imposibles, casi se habían plasmado históricamente en las guerras napoleónicas, es decir, en las guerras revolucionarias de su tiempo. Por eso los doctrinarios de la Seguridad Nacional temían tanto a las guerras revolucionarias o a lo que ellos tenían por tales, y aplicaban contra ellas los principios citados.

Conclusión

Con estas proposiciones se tiene más clara la idea de la que partían los regímenes de Seguridad Nacional. Para ellos, si la guerra era de destrucción total, debía evitarse a toda costa sin importar los medios empleados; era mejor excederse que quedarse corto, pues de lo contrario podría llegar la guerra que se quería evitar. Si

era, además, una guerra por la supervivencia, toda la población debía estar involucrada, pues los valores de la nación eran los que habían de asumir sin excepción los ciudadanos. Si la guerra absorbía todos los esfuerzos, la política desaparecía y la dirigía quien dirigía la guerra. Si el peligro era constante, el control había de serlo. Si la violencia de la guerra amenazaba a la vida colectiva, sólo la violencia que mantenía alerta a las gentes era instrumento útil. En definitiva, era el ideario del Estado autoritario y despótico.

Parte de la doctrina militar convencional infló, además, muchísimo la importancia de los factores psicológicos desde los años sesenta, y los militares de la Seguridad Nacional, que estaban convencidos de que la suerte de la guerra se jugaba en el plano psicológico, la sobrevaloraron aún más. Por ello daban una importancia extrema al control de todos los factores que podían afectar a la moral de la población y a su voluntad de luchar contra el comunismo. Una voluntad única y común era imprescindible para la victoria y la disidencia debía perseguirse para evitar que la resistencia se agrietara. Del mismo modo crear la discordia entre el enemigo era una fórmula de subversión estratégica que quería romper el equilibrio de fuerzas. Unas palabras del coronel chileno Cortés resumen discretamente estos criterios. Aseguraba que el potencial de guerra se transformaba en potencial militar “de acuerdo con la voluntad de los individuos de trabajar más, consumir menos, economizar más, aceptar molestias y peligros y conformarse con una mayor dirección de sus vidas por parte del gobierno, ya sea en forma voluntaria o por compulsión” (p. 137).

Para lograr todo esto las fuerzas armadas ejercían el poder sin remisión. No había diferencias de naturaleza entre el poder militar y todas las otras formas de acción del Estado pues, en realidad, todo estaba militarizado. En los regímenes de Seguridad Nacional los ejércitos estaban plenamente integrados en la política y el poder militar no era sino una parte del poder militar generalizado ejercido por un cuerpo especializado, las fuerzas armadas. El efecto de esto fue que las relaciones sociales se caracterizaban por el miedo, por la amenaza política y por la represión y que los conflictos sociales agudos podían llegar incluso a transformarse en guerra. De hecho, los regímenes de Seguridad Nacional lograron transformar la representación colectiva de la violencia política sin hacer distinción de clases ni grupos sociales. Si en América Latina la represión se ejercía tradicionalmente en grupos concretos –indígenas, campesinos, mineros...- la represión política e ideológica traspasó las viejas barreras. Su carácter aparentemente arbitrario creó una amenaza permanente cuyo efecto fue el miedo crónico y los defensores y acólitos de la guerra total recogieron estos usos en el corpus teórico de la guerra generalizada.

No obstante, lo que ocurría era que la guerra librada por los ejércitos iberoamericanos era distinta de la guerra atómica. Y esta guerra era la que se estudiaba y la que definía los asuntos de la Seguridad Nacional en los Estados Unidos. Este “pequeño” problema se solucionó con una idea conocida y, al mismo tiempo, malinterpretada, que era la idea de *Guerra Fría*. Entre la guerra atómica y la Guerra Fría sólo existía -según los teóricos de la Seguridad Nacional- una diferencia de grado y no de naturaleza. De forma que el concepto de guerra total o generalizada podía aplicarse también a la Guerra Fría, que era otro asunto clave de la teoría de la Seguridad Nacional. Se diría, entonces, que las palabras de Gaston Bouthoul pensadas para la guerra atómica pueden aplicarse a las sociedades en las que se vivían las asperezas de la Doctrina de Seguridad Nacional, que violentó la democracia que la precedía en las naciones iberoamericanas: “Hemos vuelto a los Tiempos Pánicos. La línea de frente ya no basta para garantizar la tranquilidad de los no combatientes. La destrucción está en todas partes [...] Los terrores apocalípticos son cada vez más actuales. Definitivamente instaurados hacen de nuestra época el Siglo de Damocles. Y del terror, confesado o no, su dominante psicológica” (Bouthoul, 1970, pp. 212-213).

Referencias

- Aron, Raymond. (1993). *Pensar la guerra, Clausewitz. La edad europea*. Tomo I. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Bouthoul, Gaston. (1970). *Ganar la paz – evitar la guerra*. Barcelona: Plaza y Janés.
- _____. (1971). *La guerra*. Barcelona: Oikos-Tau.
- _____. (1970). *Traité de Polémologie*. Paris: Payot.
- Clausewitz, Carl. (2005). *De la guerra*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Collins, John. (1970). *The Great Strategy*. Maryland: Naval Institute Press.
- Comblin, José. (1979). *La Doctrina de la Seguridad Nacional*. Santiago de Chile: Arzobispado de Santiago-Vicaría de la Solidaridad.
- Cortés, Guillermo. (1976). *La Seguridad Nacional como Objetivo de Nuestro Gobierno*. Santiago de Chile: Editorial Encina.
- Couto e Silva, Golbery. (1967). *Geopolítica de Brasil*. Río de Janeiro: José Olympio.
- De Vigny, Alfred. (1962). *Servitude et Grandeur Militaires*. Paris: Garnier Frères.
- Freedman, Lawrence. (1989). *The Evolution of Nuclear Strategy*. London: MacMillan.
- Gilbert, Felix. (1986). Machiavelli. En Paret, Peter. *Makers of Modern Strategy: from Machiavelli to the Nuclear Age*. Princeton: Princeton University Press.
- Grocio, Hugo. (1925). *Del derecho de la guerra y de la paz*. Madrid: Reus.
- Keegan, John. (1995). *Historia de la guerra*. Barcelona: Planeta.

- Liddell, Basil. (1931). *The Ghost of Napoleon*. New Haven: Yale University Press.
- _____. (1946). *La estrategia de aproximación indirecta*. Barcelona: Iberia-Joaquín Gil.
- Ludendorff, Erich. (1936). *La Guerre Totale*. Paris: Flammarion.
- Lyra, Aurélio. (1962). Coompreensa de Segurança Nacional. *Forum Roberto Simonsen*.
- Maquiavelo, Nicolás. (1998). *El arte de la guerra*. Madrid: Tecnos.
- Martínez, Antonio (Dir.). (2001). *Diccionario del arte de la guerra*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Pabón, Jesús. (1971). *La subversión contemporánea*. Madrid: Narcea S. A. Ediciones.
- Riera, Edgardo. (2010). Entrevista a un oficial de alto rango de las Fuerzas Armadas. Buenos Aires.
- Schmitt, Carl. (1998). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sohr, Raúl. (2003). *Claves para entender las guerras*. Barcelona: Mondadori.
- Tucker, Robert & Hendrickson, David. (1990). Thomas Jefferson and American Foreign Policy. *Foreign Affairs*, 69 (2).
- VV.AA. (1966, julio 8). *Revolución Argentina*. Separata del boletín Oficial.